

## **Economía comunitaria y capital social. La cara oculta de la globalización en Centroamérica**

*Juan Pablo Pérez Sáinz*

LA GLOBALIZACIÓN ES, sin duda, uno de los referentes clave para entender el desarrollo actual de América Latina. La crisis de los ochenta marcó los límites históricos del modelo previo de modernización orientado hacia el mercado interno. Estrategias de ajuste estructural, aplicadas en casi la totalidad de los países de la región, han supuesto la apertura de las economías y el inicio de importantes procesos de reestructuración productiva. Procesos que apuntan hacia la emergencia de un sector de transables como eje de un nuevo modelo acumulativo inscrito en la dinámica de la globalización.

Mercados financieros, exportaciones no tradicionales (especialmente las industriales mediante el desarrollo de la maquila y las zonas francas) o turismo son, entre otros, los aspectos visibles de esta globalización de las economías de la región, que han concitado el interés de los analistas. No obstante, existen otros procesos que también se integran en la dinámica globalizadora aunque permanecen, para la mayoría de los estudiosos, ocultos. Así, se puede pensar en fenómenos tales como comunidades transnacionalizadas de migrantes o en redes de establecimientos para la provisión de insumos o la subcontratación de algunas actividades de transables. La consideración de este tipo de fenómenos puede permitir una mejor comprensión del sentido que tiene la actual globalización que caracteriza a la región.

En el presente texto nos interesa analizar la existencia de economías comunitarias que presentan una doble característica: por un lado, han logrado históricamente conformar una aglomeración de pequeñas empresas y, por otro, han podido insertarse en la dinámica globalizadora. Pero, además de esta finalidad de mostrar esta cara oculta, en este trabajo se persigue también un objetivo de orden teórico y metodológico. El énfasis en los estudios sobre globalización revela que el referente inter-

pretativo por excelencia es el mercado. Si bien parece indiscutible la centralidad alcanzada por el mismo, que ha desplazado al Estado, se corre el gran peligro de tener una comprensión autocentrada de este referente. Para neutralizar tal tendencia, en el análisis que se desarrolla a continuación se ha privilegiado el concepto de capital social. La premisa central que subyace en este enfoque es que los factores de orden sociocultural hacen viables las lógicas mercantiles y que, por lo tanto, el mercado no puede ser analizado por sí solo.

Hacer explícito este concepto de capital social, exponiendo también sus orígenes, constituye el contenido del primer apartado del presente texto. En el segundo consideramos evidencias empíricas provenientes de dos economías comunitarias centroamericanas, las cuales serán analizadas desde la perspectiva del capital social. Finalmente, se concluye con una serie de reflexiones sobre las perspectivas de desarrollo de economías de este tipo en el marco de la globalización, para mostrar la importancia de los factores socioculturales en una inserción no espuria en el proceso globalizador.

### **1. Mercado y capital social**

No cabe la menor duda de que uno de los rasgos más distintivos del capitalismo es la generalización de la producción mercantil. Esto supone que, desde la lógica del capital, el mercado se erige en el elemento nodal del ordenamiento de la sociedad. Este hecho plantea una serie de cuestiones que resultan fundamentales para entender la naturaleza y la dinámica del capitalismo. Especialmente, hay una sobre la cual llamaremos la atención, ya que se relaciona en gran medida con las preocupaciones del presente estudio. Se trata del carácter y funcionamiento del mercado, cuestionando si el mismo puede ser comprendido sólo por lógicas económicas o si, por el contrario, hay otro tipo de factores (sociales, simbólicos, políticos, etc.) que también inciden en él y que, por tanto, deben ser tomados en cuenta.

Esta problemática ha sido central en el pensamiento de los clásicos. De hecho, en autores como Marx o Weber encontramos elaboradas reflexiones acerca de las relaciones entre economía y sociedad, sobre las cuales acabó imponiéndose un discurso centrado en el mercado.<sup>1</sup> Desde

<sup>1</sup> No obstante, Mingione (1993: 44-59) considera que la sociología clásica no se pudo desembarazar de la influencia de lo que denomina el paradigma del mercado.

fin del siglo pasado —a partir de los marginalistas— hasta hace apenas un par de décadas, el discurso ha sido hegemónico, relegando otras disciplinas diferentes a la economía a posiciones marginales. La formalización de este discurso con la ayuda del lenguaje matemático hizo que los economistas pudieran definir tanto el mundo como sus propias credenciales intelectuales (Friedland y Robertson, 1990: 5). De esta manera se impuso una idea del mercado como ámbito ahistórico, donde los individuos son capaces de procesar información para expresar sus preferencias sobre bienes y servicios y maximizar así sus utilidades.

Varias han sido las críticas a este discurso autocentrado del mercado, las cuales han dado lugar a una comprensión sociológica del mismo.

Un antecedente inmediato se encuentra en la obra pionera de Polanyi (1992a) de mediados de los cuarenta. Este autor se basa en la idea de que la economía es parte de la sociedad, con la que mantiene relaciones cambiantes a través del tiempo, pero siempre bajo el predominio societal. En este sentido, ha propuesto tres patrones históricos de constitución de la economía. El primero se basa en la reciprocidad y supone movimientos entre agrupamientos simétricos. El segundo, fundamentado en el principio de redistribución, implica movimientos de apropiación hacia un centro. Finalmente, el intercambio remite a movimientos en un sistema de mercado. Los principios de integración de los patrones varían desde la simetría en el primero de ellos hasta la integración de un mecanismo de formación de precios en el último, pasando por la existencia de cierta centricidad en el segundo (Polanyi, 1992a: 54-76).

Pero el tercero de estos sistemas, que es el que históricamente corresponde al capitalismo, conlleva el peligro de destrucción de la sociedad. La constitución de un mercado autorregulado, gracias a su principio de integración, implica que la economía pueda separarse de otros ámbitos sociales e imponer lógicas depredadoras al resto de la sociedad.<sup>2</sup> Al respecto, Polanyi argumenta que la generalización mercantil supone integrar en este sistema a tres elementos cruciales: el dinero, la tierra y el trabajo. Pero los mismos no constituyen, en sentido estricto, mercancías (bienes y servicios) más que de una manera ficticia. Dejar las mismas a la lógica del mercado supondría, según este autor, la des-

<sup>2</sup> Martinelli y Smelser (1990: 22) han formulado una doble crítica a esta tesis de Polanyi. Por un lado, presenta una visión organicista de la sociedad, donde las estructuras moldean los comportamientos. Y, por otro, se entiende al capitalismo en términos excepcionales, dando la impresión de que el mismo se desarrolla a partir de factores exógenos y no de su propia dinámica.

trucción de empresas, naturaleza y gente. De ahí la necesidad de una regulación externa del mercado. Por consiguiente, la historia social del siglo XIX, cuando se gestó la gran transformación, estuvo marcada por una doble tendencia: por un lado, la generalización mercantil en el mundo, y por otro, la proliferación institucional para controlar la acción del mercado sobre tales mercancías ficticias (Polanyi, 1992a: 81-85).

En su crítica del pensamiento económico neoclásico, Polanyi planteó también la tesis de la falacia economicista. Según este autor, es necesario distinguir entre dos significados del término "económico". El primero es su significado sustantivo y remite al intercambio, en sus contextos natural y social, en tanto que provee medios para satisfacer necesidades materiales. Por el contrario, tiene también un sentido formal que se deriva del carácter lógico de la relación medios-fin, o sea, de la acción de tipo racional. Este sentido, esta segunda acepción parte de la lógica, mientras la primera se deriva de los hechos. Para este autor, la falacia economicista consiste en considerar la segunda como la única acepción que explicaría los fenómenos económicos (Polanyi, 1992b: 29-34).

Rescatando las proposiciones del autor húngaro, desde hace unos pocos años la sociología económica trata de superar el discurso auto-centrado del mercado.<sup>3</sup> Desde esta perspectiva, se han formulado tres proposiciones fundamentales. La primera tiene que ver con que la acción económica es una forma de acción social. Esto supone rescatar la idea weberiana de acción económica enfatizando sus aspectos fundamentales: por un lado, el individuo toma en cuenta en su comportamiento las conductas de otros actores, y por otro, la acción económica tiene significado político, ya que la economía es fuente de poder. La segunda proposición es que la acción económica se emplaza socialmente. En este caso, el elemento clave es la incidencia de redes en los comportamientos económicos. Y finalmente, las instituciones económicas son construcciones sociales. Esta última proposición supone entender a las insti-

<sup>3</sup> Hay que mencionar que los cambios se dan, en el caso de los Estados Unidos, en los años setenta, en los cuales la disciplina de la economía —en su versión neoclásica— alcanzó su cenit. Al respecto hay que mencionar un doble movimiento. Por un lado, la pretensión de los economistas de entender todo fenómeno en términos de sus postulados de acción individual egoísta racional, lo que supuso un intento de colonización del resto de las disciplinas de las ciencias sociales. Y el contraataque, especialmente del lado de la sociología, de entender el mercado y la economía a partir de elementos no económicos (Granovetter, 1990: 94-95). Portes (1994), en un texto extremadamente sugerente, ha analizado estos movimientos de incursión y transgresión (*trespassing*) entre estas dos disciplinas dentro del mundo académico estadounidense.

tuciones del mundo económico, así como de otro tipo, como realidades que no son externas ni previas a la acción social, sino producto de las mismas (Swedberg y Granovetter, 1992: 6-19).

Profundizar en la segunda proposición, relacionada, con el emplazamiento social de la acción económica, conduce a considerar la problemática del denominado incrustamiento de las relaciones mercantiles, remitiéndonos al famoso texto de Granovetter (1985).<sup>4</sup>

La importancia de esta problemática surge de los obstáculos de tipo micro respecto a las imperfecciones de los mercados competitivos, las cuales no son consideradas en los presupuestos del análisis neoclásico, debido al alto grado de irrealidad de los mismos. Para Granovetter, tales imperfecciones implican plantear el problema de los comportamientos mercantiles basados en el engaño y la deshonestidad, con la consiguiente falta de confianza entre actores, lo que hace inviable el funcionamiento del mercado.

Se puede pensar, desde dos perspectivas muy distintas, en posibles soluciones al respecto. Por un lado, estaría la tradición utilitarista del propio análisis neoclásico, que supone que la racionalidad egoísta del *homo œconomicus* no genera tales problemas. Por otro lado, se podría postular, como lo haría la sociología funcionalista, la existencia de una moral o ética generalizada que los individuos internalizarían. Así, la primera solución apunta a la existencia de actores sin mayor socialización, mientras la segunda, por el contrario, supone sujetos sobresocializados. No es difícil entender que ambos tipos de postulados pecan de ingenuidad y no tienen mucho que ver con los comportamientos realmente existentes en la sociedad capitalista.

Justamente, según Granovetter (1985: 40), la problemática del incrustamiento enfatiza el papel que desempeñan las relaciones personales concretas y las redes donde se localizan tales relaciones, en la generación de confianza y limitación de comportamientos basados en el engaño y la deshonestidad.<sup>5</sup> Por lo tanto, sería gracias a tal incrustamiento en las relaciones sociales que el mercado encuentra mecanismos que permiten su funcionamiento.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> El término en inglés es el de *embeddedness*, que no es de fácil traducción al español. Hemos optado por "incrustamiento", en lugar de "encajonamiento" o "enraizamiento".

<sup>5</sup> Granovetter también menciona la importancia de la problemática del incrustamiento en relación con los temas de mercados y jerarquías y propone una interpretación alternativa a la ofrecida por los denominados "nuevos economistas institucionalistas".

<sup>6</sup> Hay que señalar que este autor argumenta que el incrustamiento es sólo condición

Distinguiendo entre varios niveles de los fenómenos económicos, dicho autor ha intentado precisar esta problemática del incrustamiento. Así, la acción económica remite a la provisión de bienes y servicios mientras que los otros dos niveles, resultados e instituciones económicas, tienen que ver —respectivamente— con patrones regulares de acción y ámbitos más amplios en el sentido de cómo debe normarse la acción. Con base en estas definiciones, el incrustamiento se entendería como “acciones, resultados e instituciones económicas que son afectadas por las relaciones personales de los actores y por el conjunto de redes de relaciones” (Granovetter, 1990: 98).

Si bien esta cuestión del incrustamiento cumple la función de crítica de los presupuestos del modelo neoclásico, se ha argumentado también que sufre de falta de precisión para poder abordar problemáticas más concretas. En este sentido, Portes y Sensenbrenner (1993) han propuesto el concepto de capital social como un instrumento analítico más adecuado. Pero antes de explicar las formulaciones de estos autores parece importante abordar el problema de la adjetivación de capital con términos no económicos, tales como “cultural” o “social”, como los que empleamos en este texto.

En una primera instancia se podría decir que esta denominación refleja, justamente, la colonización de ámbitos del conocimiento social por las categorías económicas y que, por lo tanto, contradice el intento crítico de la sociología económica.<sup>7</sup> Una posibilidad de superar esta paradoja es remitirse a la concepción de campos sociales propuesta por Bourdieu (1979, 1980). Este autor argumenta que los distintos campos sociales pueden ser analizados —en primera instancia— como mercados, en tanto que la vida moderna está determinada por el predominio de lo mercantil. En este sentido se justificaría el uso de términos como el de “capital cultural”, que este autor utiliza profusamente en sus escritos, o el de “capital social” que compete al presente análisis. No obstante, y esto sería lo crucial, los campos sociales, incluyendo al propio mer-

---

necesaria para generar confianza, pero no suficiente ya que puede, por el contrario, incentivar también la deshonestidad (Granovetter, 1985: 491-492).

<sup>7</sup> Este tipo de crítica se le podría endosar a Coleman (1990: 300-321), quien ha concebido al capital social como los distintos recursos (obligaciones y expectativas, información, sanciones efectivas de normas, relaciones de autoridad, organizaciones sociales apropiables o intencionales), que constituyen partes de la estructura social y que facilitan la acción de individuos en la misma. Se debe recordar que este autor es uno de los exponentes principales del enfoque de “elección racional” (*rational choice*) en la sociología estadounidense que refleja, justamente, la mencionada colonización por parte de la lógica analítica del enfoque neoclásico.

cado, no representan estructuras de intercambio simétricas, sino que están marcadas por la desigualdad. Es decir, al contrario del planteamiento neoclásico, la problemática de fondo es la del poder como el elemento fundamental en la estructuración de los campos sociales.

Volviendo a la problemática del capital social y en concreto a las propuestas de Portes y Sensenbrenner, el capital social se define como “expectativas para la acción dentro de una cierta colectividad que afectan los fines y comportamientos económicos de sus miembros, incluso si tales expectativas no tienen una orientación económica” (Portes y Sensenbrenner, 1993: 1323). Dentro de este intento de precisión, la contribución más importante de estos autores es la identificación de diferentes fuentes o formas de capital social. La primera es la que definen como introyección de valores que, basada en el análisis durkheimiano de los elementos no contractuales del contrato y en el carácter moral de la acción económica de Weber, remite a la existencia de cierta ética que puede ser compartida como recurso por los miembros de la misma colectividad. La segunda forma es denominada reciprocidad y se refiere a acciones donde se persiguen fines personales pero que no involucran mercancías. La tercera es la solidaridad confinada, y expresaría la reacción de la comunidad ante un hostigamiento externo. Y la cuarta, la confianza exigible, entendida como la subordinación de los deseos individuales a las expectativas colectivas, representaría la última modalidad de capital social (Portes y Sensenbrenner, 1993: 1323-1327).

Por consiguiente, en la perspectiva de la sociología económica, y más en concreto en los conceptos de incrustamiento y capital social, subyace el planteamiento de que el mercado se convierte en un mecanismo viable gracias a los factores socioculturales que lo contextualizan.

## **2. Economías comunitarias y capital social: evidencias de dos realidades centroamericanas**

Obviamente, esta perspectiva analítica y sus conceptos clave nos proporcionan un marco interpretativo para abordar diversos tipos de realidades mercantiles. Pero, como se ha mencionado en la introducción, en el presente trabajo el interés se centra sobre economías comunitarias que tienen una doble peculiaridad. Por un lado, históricamente han evolucionado hacia la configuración de aglomeraciones de pequeñas empresas dinámicas.<sup>8</sup> Por otro, han logrado insertarse en el actual proceso

<sup>8</sup> Este tipo de situación corresponde a lo que en otro estudio hemos identificado

de globalización. En este sentido, nuestro presupuesto metodológico es que el concepto de capital social es clave para entender cómo este tipo de comunidad ha logrado dinamizarse, posibilitando así tal inserción cuando el nicho en el mercado mundial se abrió.

Los referentes empíricos que se analizan son dos comunidades centroamericanas: San Pedro Sacatepéquez, Guatemala, y Sarchí, Costa Rica.<sup>9</sup> El análisis de las mismas se lleva a cabo en tres etapas: una breve descripción histórica; la identificación de la heterogeneidad del tejido productivo y, lo más importante, la presencia e incidencia de distintas formas de capital social.

San Pedro Sacatepéquez es una comunidad kakchikel, ubicada cerca de la capital guatemalteca, que tradicionalmente estuvo dedicada a la agricultura, como casi todas las comunidades indígenas de ese país. No obstante, desde hace varias décadas los sampedranos se iniciaron en el comercio de prendas de vestir. El comienzo de la producción tiene lugar hacia fines de los cincuenta, cuando uno de estos vendedores tomó la decisión de aprender a confeccionar camisas. La instalación de un taller por esta persona constituye el origen de la actual actividad industrial de San Pedro Sacatepéquez. En el mismo, han trabajado numerosos sampedranos y ha servido como una auténtica escuela de aprendizaje del oficio. A partir de este momento se puede hablar de varias etapas e hitos en el desarrollo de la actividad de confección en esta comunidad.

Así, en un primer momento, durante la década de los sesenta, se trataba de una producción con base en una tecnología rudimentaria, en concreto, con máquinas de pedal. 1967 supone la introducción de la electricidad gracias al comité organizado por la persona que fue pionera en el desarrollo de la actividad de confección. De esta manera se posibilita la adquisición de máquinas eléctricas (que fue una de las principales razones para lograr el fluido energético) y se inicia una segunda etapa signada por la modernización de la maquinaria. Dentro de la misma acaece el terremoto de 1976, que destruyó viviendas y medios de trabajo.

---

como uno de los posibles escenarios de la neoinformalidad. Además, habría otros dos, que serían el de la economía de pobreza y el de subordinación al sector de transables mediante la provisión de insumos o subcontratación (Pérez Sáinz, 1995).

<sup>9</sup> Para análisis en detalle de ambos universos véase, sobre el caso guatemalteco, el trabajo de Pérez Sáinz y Leal (1992) y, sobre el universo costarricense, el texto de Pérez Sáinz y Cordero (1994). Hay que mencionar que los dos estudios han tenido un carácter exploratorio y en cada comunidad se han realizado veinte entrevistas en profundidad con productores. Además se entrevistaron también a informantes clave para contextualizar las situaciones y cotejar cierto tipo de información.



Esto supuso que en ciertos casos, valiéndose de préstamos, se tuviera que adquirir de nuevo maquinaria, consolidándose así el proceso de modernización que ha supuesto la utilización de máquinas eléctricas especializadas por funciones (planas, abotonadoras, ojaladoras, overlocks, etc.). El tercer hito fue en 1987, cuando inicia sus operaciones de manera sustantiva en el país la industria de maquila y comienza a generalizarse la subcontratación en San Pedro Sacatepéquez, inaugurándose así la actual etapa de desarrollo de la actividad de la confección.<sup>10</sup> De esta manera se inserta esta aglomeración de pequeños establecimientos en la actual dinámica de globalización.

Los antecedentes históricos de Sarchí, comunidad costarricense localizada en la parte occidental del Valle Central, presentan ciertas diferencias con el caso guatemalteco. En términos de gestación de actividades de transformación de la madera, que es la actividad central de esta comunidad, hay que mencionar la conjugación de dos procesos. Por un lado, la alta concentración de la propiedad de la tierra existente en esta zona, que ha supuesto para la mayoría de sus pobladores tener que trabajar como jornaleros. El empleo estacional, limitado al periodo de cosecha del café, y las bajas remuneraciones, ocasionaron la existencia de pobreza generalizada. Por otro lado, por ser Sarchí un punto de comunicación entre el Valle Central y la costa del Pacífico, en las primeras décadas de este siglo se desarrollaron dos talleres de producción de carretas, medio de transporte por excelencia en la Costa Rica rural de antaño. La necesidad de superar la pobreza, buscando alternativas al trabajo agrícola, hizo que los sarchiceños incursionaran en el aprendizaje de la transformación de la madera, laborando inicialmente en los dos talleres mencionados.<sup>11</sup> De esta manera, y de forma gradual, comenzaron a surgir talleres de ebanistería. Posteriormente, el inicio del turismo facilitó la diversificación del trabajo de talla de madera hacia los *souvenirs*.<sup>12</sup> Por consiguiente, en este caso ha sido el turismo el mecanismo de inserción en la globalización.

El cuadro 1 muestra los tipos de establecimientos que existen en ambas comunidades, señalando la heterogeneidad de estos universos.

<sup>10</sup> Ya en 1988 se estimaba que había en San Pedro alrededor de 200 talleres con un total de 3 000 máquinas, lo que da una idea del potencial productivo de esta comunidad en aquellas fechas.

<sup>11</sup> Otra estrategia de superación de la pobreza parece haber sido la migración a Estados Unidos, especialmente al área de Nueva Jersey.

<sup>12</sup> Se estima que en la actualidad habría en Sarchí unos 130 establecimientos.

## Cuadro 1

## Tipos de establecimientos en San Pedro Sacatepéquez y Sarchí

<i>San Pedro Sacatepéquez</i>	<i>Sarchí</i>
Empresas medianas y pequeñas subcontratadas por maquila	Empresas medianas y pequeñas de producción y comercialización
Establecimientos semiempresariales subcontratados por maquila nacional	Establecimientos medianos y pequeños de producción con comercialización asociada
Establecimientos informales subcontratados por comercio nacional	Pequeños productores informales

Fuente: Pérez Sáinz y Leal (1992) y Pérez Sáinz y Cordero (1994).

En el caso de San Pedro Sacatepéquez el factor central, en términos de diferencias, lo constituye, sin duda, la modalidad de subcontratación. Al respecto se pueden identificar tres tipos de situaciones: en primer lugar, existe un grupo de productores organizados que maquilan para una firma norteamericana. Un importante préstamo concedido por la misma a estos productores ha posibilitado la adquisición de la maquinaria más avanzada que se utiliza en San Pedro. Esto ha ocasionado que en este grupo, junto a un par de otros casos, se haya observado la mayor dinámica acumulativa; además, ésta se ve acompañada por racionalidades de tipo empresarial. Es decir, se puede afirmar que éste es el segmento más consolidado económicamente y donde se localizan establecimientos que pueden ser calificados como empresas pequeñas o medianas.

El segundo grupo lo constituyen los establecimientos que maquilan para empresas nacionales. Se diría que su avance tecnológico, en términos globales, es inferior al del grupo anterior. Por otro lado, tampoco se puede afirmar que predominen racionalidades empresariales en el sentido estricto del término. Así, estaríamos ante un estrato intermedio de transición hacia la constitución de empresas como tales, aunque un par de casos serían asimilables a los del primer grupo. No obstante, es importante subrayar que ambos grupos no se diferencian mayormente en términos laborales: se contrata mano de obra joven (con predominio masculino, manteniéndose así la tradición sampedrana de esta actividad), en condiciones laborales precarias e incorporada a un proceso de trabajo organizado según principios tayloristas primitivos.

Por último, existen talleres subcontratados por empresas comerciales locales que destinan su producción al mercado nacional. Su maquinaria es limitada y relativamente sencilla, y padecen de estacionalidad de la demanda. Se puede hablar, en este caso, de predominio de unidades familiares con muy poca generación de empleo. Su dinámica acumulativa es limitada y se encuentran atrapados en un círculo vicioso, ya que al no tener medios para obtener maquinaria más moderna no pueden aspirar a maquilar, lo que constituye el nexo de subcontratación que otorga más dinamismo. Además, en este segmento la división del trabajo es aún incipiente y los propietarios participan directamente en la confección de ropa. Es un estrato que puede ser calificado como informal.<sup>13</sup>

El criterio de heterogeneidad en el universo sarchiceño difiere del sampedrano. En el caso costarricense, la integración entre el proceso productivo y el comercializador permite distinguir tres tipos de situaciones, como se muestra en ese mismo cuadro.

Así, en primer lugar estarían los casos de quienes producen y a la vez comercializan sus propios productos.<sup>14</sup> Son los que muestran mayor consolidación y racionalidades de tipo empresarial que, dicho sea de paso, está mucho más generalizada en Sarchí que en San Pedro Sacatepéquez. Dentro de este grupo vale la pena destacar el caso de uno de los viejos talleres de carretas reconvertido que tiene un sistema de producción peculiar: además de utilizar algunos asalariados, gran parte de la elaboración de *souvenirs* es realizada por grupos de artesanos a los que se les proporcionan los medios de producción en el local de esta empresa y se les remunera como grupo.

El segundo conjunto de casos es similar al primero, ya que presenta también una integración entre producción y comercialización, pero esta última tiene lugar de forma asociada, como cooperativa. Si bien esta característica homogeneiza a este grupo, que en este sentido se muestra muy dinámico con estrategias de diversificación económica, las experiencias productivas se revelan dispares. Así, hay casos donde tal dinamicidad es comparable con las observadas en el primer grupo, pero también ejemplos de poca solidez. Como en el primer conjunto de casos, la organización del trabajo productivo no implica una división del

<sup>13</sup> Se utiliza el criterio de división del trabajo, como se ha hecho en las investigaciones regionales de Flacso, para definir la informalidad (Pérez Sáinz, 1994).

<sup>14</sup> En este mismo grupo habría que incluir casos de comerciantes que, aunque no producen, han logrado establecer vínculos estables con artesanos, lo que implica cierto control sobre el proceso productivo; por lo tanto, serían asimilables a esta primera situación.

mismo según principios tayloristas, sino que se mantiene bajo orientaciones artesanales. Ésta es una diferencia importante entre el universo sarchiceño y el sampedrano donde, como se ha mencionado, se ha impuesto una organización de tipo taylorista aunque primitiva.

Finalmente, el tercer grupo comprende a los artesanos que se ven obligados a vender su producción a otros negocios, ya sea dentro del propio Sarchí o en la capital. En el mismo se pueden detectar dos tipos de sujetos. Por una parte está la figura del viejo artesano, quintaesencia del saber sarchiceño de la talla de madera, que prioriza el valor de uso sobre el valor de cambio. Y por otra, se encuentran los jóvenes aprendices que tomaron la decisión de independizarse y se plantean, de cara al futuro, superarse y crecer. En ambos casos, la acumulación es muy limitada y no existen racionalidades empresariales explícitas. Éste es un grupo que, igual que el tercer segmento en San Pedro Sacatepéquez, se puede calificar —de manera inequívoca— como informal, ya que los propietarios participan en el proceso laboral.

Lo que nos interesa mostrar de estos dos universos, es cómo el dinamismo de ambas economías comunitarias y su inserción en el proceso de globalización ha tenido que ver —en gran medida— con la existencia y movilidad de distintas formas de capital social. En este sentido, el cuadro 2 muestra esas modalidades.

## Cuadro 2

### Modalidades de capital social en San Pedro Sacatepéquez y Sarchí

<i>Modalidades</i>	<i>San Pedro Sacatepéquez</i>	<i>Sarchí</i>
Introyección de valores	Tradición comercial y artesanal	Tradición artesanal Reforzamiento de la identidad comunitaria
Reciprocidad	Redes en el inicio y para la subcontratación	Redes en el inicio
Solidaridad confinada	Reforzamiento de identidad étnica	Presencia de negocios no sarchiceños y copia de artesanías locales
Confianza exigible	—	—

Fuente: Pérez Sáinz y Leal (1992) y Pérez Sáinz y Cordero (1994).

Podemos afirmar que tanto en San Pedro como en Sarchí se ha conformado toda una cultura de trabajo, con su respectiva ética laboral, que encontraría sus orígenes en las tradiciones económicas de cada una de estas comunidades: el comercio y la confección de ropa en el primer caso y la artesanía de la madera en el segundo. Al respecto, hay que mencionar, en el caso guatemalteco, el papel desempeñado por la primera persona de la comunidad que aprendió a confeccionar ropa para la venta, y cuyo taller ha constituido una auténtica escuela de aprendizaje de este oficio para otros sampedranos. Este aprendizaje ha generado un capital humano fundamental para el desarrollo de la industria de la confección en San Pedro Sacatepéquez. De igual manera, en la comunidad costarricense han existido un par de personajes clave que impulsaron el desarrollo de la actividad de transformación de la madera, ayudando a la gente que se iniciaba; personajes que son reconocidos como pioneros y promotores de la artesanía sarchiceña y forman parte de la memoria local.

Se podría decir que esta forma de capital social está más arraigada en Sarchí que en San Pedro Sacatepéquez, ya que la tradición artesanal del universo costarricense refuerza la identidad comunitaria por su diferenciación con los cantones vecinos, y además se ha viabilizado por medio de procesos de socialización primaria. En cuanto al universo guatemalteco, es importante mencionar que no presenta ninguna asociación entre creencias religiosas y dinamismo económico, en el sentido de que los evangélicos predominan en el grupo de pequeñas y medianas empresas, mientras que los establecimientos informales correspondan a católicos. Estos datos tienden a contradecir la tesis de que la gran difusión del evangelismo en Guatemala generó una ética más propicia para el progreso económico.<sup>15</sup>

Sin duda la reciprocidad es el elemento que aparece, por medio de redes de apoyo mutuo, como la modalidad más recurrente de capital social en ambos universos. En el caso de San Pedro Sacatepéquez son varias las circunstancias en que se han expresado tales redes. En primer lugar, la gran mayoría de los actuales propietarios de establecimientos aprendieron la actividad de confección en el seno de talleres de familiares o de conocidos. Esto ha conllevado reciprocidad con quienes transfirieron tal conocimiento. Una segunda instancia se refiere al inicio del

<sup>15</sup> En este sentido vale la pena mencionar que el trabajo más sólido al respecto, el de Annis (1987) sobre San Antonio Aguascalientes, en el departamento de Sacatepéquez, ha mostrado también la falta de asociación entre los tipos de agricultores de esa comunidad y sus credos religiosos.

establecimiento como tal. En un número significativo de casos, las ayudas fueron determinantes para el inicio de la actividad. Éstas fueron proporcionadas por amigos y, sobre todo, por familiares, buscando reciprocidad. Y, como tercer paso, se relacionaría a los contactos para la subcontratación. Parte de los casos indagados obtuvieron tales contactos gracias a la ayuda de familiares.

En cuanto al universo sarchiceño, también se puede hablar de existencia de redes, especialmente en el inicio de los establecimientos por medio de garantías bancarias y herencias. Al igual que en San Pedro Sacatepéquez, en el caso costarricense, el aprendizaje del oficio también ha tenido lugar en establecimientos de familiares y conocidos. Y, por su parte, dentro del tercer grupo, compuesto por pequeños productores informales, se da cierta reciprocidad en el uso de medios de trabajo, prevaleciendo la cooperación sobre la competencia. Comparando ambos universos, se podría decir que las redes están más extendidas en San Pedro Sacatepéquez que en Sarchí, donde parecería que la reciprocidad se encuentra deteriorada actualmente. Tal deterioro se podría atribuir al dinamismo actual de este universo, en el cual predomina una competencia por precios y no por la calidad, y donde la imitación se impone a la innovación. Por el contrario, en el universo sampedrano, donde no hay una inserción mercantil directa, debido a la intermediación del fenómeno de la subcontratación, no ocurre este tipo de manifestaciones perversas del mercado.

La solidaridad confinada no se manifiesta como una forma sólida de capital social en ambos universos. San Pedro Sacatepéquez es una comunidad abierta que ha sido progresivamente integrada dentro de la dinámica del área de influencia metropolitana de la capital guatemalteca. Los sampedranos no han tenido mayores dificultades para el ejercicio de sus actividades económicas. Cuando predominaba el modelo tradicional de comercialización directa, ésta se realizaba tanto en la capital como en otros puntos de la república, especialmente en la costa sur y, a veces, en países vecinos. Los habitantes de San Pedro que han buscado empleo en la capital no han tenido grandes dificultades. Incluso el hecho de que en la industria textil capitalina sean valorados por su destreza crea problemas de escasez de mano de obra a los propios productores sampedranos. No obstante, se podría pensar que existe cierta expresión de solidaridad confinada en términos de identidad étnica, ya que esta última se define, especialmente para los indígenas, en términos de relaciones muy tensas. En el caso de San Pedro, el éxito económico no ha supuesto la adopción de identidades más universalizantes propias de lógicas mercantiles; por el contrario, lo que se ha observado es la reafirmación de la condición indígena.

Similar razonamiento se puede argumentar para el caso sarchiceño en relación con la ausencia de trabas para el ejercicio de las actividades económicas. No obstante, en este universo se observan un par de fenómenos interesantes al respecto. Primero, el dinamismo de este lugar ha hecho que negocios no sarchiceños se establezcan en esta comunidad, aprovechando la creación de infraestructura (el ejemplo más patente es la existencia de un centro comercial) y la visita de numerosos turistas extranjeros. Esta presencia ha producido dos tipos de reacciones. Por un lado, los dos primeros grupos de productores se han manifestado en contra de la misma, calificándola de injerencia en la comunidad, y están pensando en acciones colectivas al respecto. En este sentido se puede decir que se estaría gestando capital social basado en la solidaridad confinada ante la percepción de una amenaza externa. Pero, por otro lado, esta percepción no es compartida de manera generalizada, especialmente dentro del grupo de pequeños productores informales. Éstos ven a los negocios no sarchiceños como una alternativa para la venta de sus productos y no expresan opiniones negativas al respecto. Un segundo fenómeno generador de solidaridad confinada tiene que ver con la copia de artesanías por productores no sarchiceños. En el mismo sentido hay que mencionar también que algunos miembros de la comunidad perciben el peligro de aislamiento en un futuro no muy lejano, por diversas causas.<sup>16</sup> Si tal percepción tiende a generalizarse, puede convertirse en una de las principales fuentes de capital social en Sarchí.

Por último, no se han percibido indicios de generación de capital social con base en la confianza exigible. El carácter abierto de ambas comunidades hace pensar que, al menos en los últimos tiempos, no se puede hablar de control de las mismas sobre sus miembros, sea en términos de generar capital social o con efectos contrarios.<sup>17</sup> Esta modalidad de confianza exigible es importante para un contexto como el guatemalteco y, en general en comunidades indígenas. El sistema de cargos religiosos ha sido un mecanismo que ha desempeñado un gran papel nivelador, socializando ingresos obtenidos individualmente fuera de la

<sup>16</sup> Habría, en concreto, dos causas. La primera, por los rumores de que en el cantón vecino de Grecia se está pensando crear un mercado de artesanías. Y la segunda, al existir el proyecto de la nueva carretera al Pacífico, que alejaría a Sarchí del tránsito turístico.

<sup>17</sup> Es importante aclarar que esta forma de capital social, según Portes y Sensenbrenner (1993: 1338-1344), puede tener efectos contraproducentes, ya que limitaría el patrimonio económico de los individuos, buscando la nivelación dentro de la colectividad. Es decir, bajo esta modalidad se puede generar capital social negativo.

economía comunitaria.<sup>18</sup> En este sentido, la institución de la cofradía ha desempeñado un papel clave. Pero en Guatemala, hacia la década de los cincuenta y con el inicio del proceso de modernización, se comenzó a cuestionar este tipo de instituciones y, en general, el poder de la tradición. Fueron justamente sectores de las comunidades ligados con actividades de comercio y de transporte los que abanderaron, con el apoyo de Acción Católica, tales cambios. No obstante, se puede asumir que esta transformación en San Pedro Sacatepéquez ha debido acecer de manera poco abrupta dadas su ubicación geográfica y su proximidad con el gran centro urbano del país. De todas maneras, en los casos indagados en este universo no se ha detectado la incidencia de capital social negativo impuesto por control comunitario.

Por consiguiente, ambos estudios muestran la incidencia de capital social en distintas modalidades, en el dinamismo alcanzado por estas comunidades. Se puede hablar tanto en el caso de San Pedro Sacatepéquez como en el de Sarchí, de la existencia de toda una tradición comercial y artesanal que hace pensar en valores compartidos colectivamente, que se expresan en la vigencia de una ética laboral que en el caso costarricense fundamenta además la identidad local. Por otro lado, es evidente la existencia de redes, especialmente familiares, en momentos clave del desarrollo de los establecimientos en el universo sampedrano. Este mismo fenómeno se produce en el caso sarchiceño, pero de manera más limitada. Y finalmente, con menor convicción, se puede pensar en la manifestación de cierta solidaridad confinada en términos de reafirmación de la identidad étnica con el éxito económico para San Pedro Sacatepéquez, mientras que en Sarchí la percepción de distintas amenazas externas ha generado, en algunos productores, actitudes y comportamientos orientados por esta modalidad de capital social.

### 3. Conclusiones

La inserción de ambas economías comunitarias en la globalización plantea toda una serie de retos para lograr una integración no espuria en tal proceso. Retos que, a su vez, remiten a la problemática del capital social

<sup>18</sup> El estudio clásico de este fenómeno en el mundo maya es el de Cancian (1989) en la comunidad de Zinacantán en los Altos de Chiapas en México. Una de las tesis fundamentales de este autor es que este tipo de sociedad se estructura en torno al prestigio, y el sistema de cargos posibilita, justamente, tal estructuración. Otro trabajo importante sobre esta misma problemática en el mundo maya es el de Smith (1981).



y al entorno sociocultural de las relaciones económicas de estas comunidades, y que reafirman la pertinencia analítica de este enfoque de la sociología económica.

De lo argumentado en el apartado precedente, es evidente que el gran reto que se afronta en el caso de San Pedro Sacatepéquez tiene que ver con su articulación mediada con el mercado mundial. El mecanismo de subcontratación ha generado en esta comunidad una gran vulnerabilidad que hace que su actual prosperidad pueda ser meramente pasajera. El problema no es tanto la mediación como tal, sino su forma. Por lo tanto, las modalidades de subcontratación, con la posible excepción (en cualquier caso relativa) del primer grupo de establecimientos, revelan mecanismos tradicionales de naturaleza vertical y jerárquica. Esto supone una relación de clara asimetría en detrimento de los talleres sampe-dranos; de ahí su extrema vulnerabilidad.

Ante tal situación se plantean dos posibles salidas. Por un lado, la redefinición de las relaciones de subcontratación, para hacerlas más simétricas. Esto supondría, al menos, dos elementos: primero, el establecimiento de nexos institucionalizados que impidan que la subcontratación dependa de la inestabilidad del mercado y de las limitaciones de la capacidad productiva de las plantas maquiladoras, y segundo, tal redefinición debería suponer nexos que inciten a la innovación tecnológica y organizativa de los establecimientos subcontratados, o sea los sampe-dranos. Y, por otro lado, la segunda salida consistiría en la búsqueda de una inserción directa en el mercado internacional. Esta última solución supondría que San Pedro Sacatepéquez funcionara como una aglomeración que se perfilase en dirección de lo que se conoce como distritos industriales en los países del norte. Esta orientación parece más clara en relación con el caso de Sarchí.

En la situación costarricense no existe el problema de la inserción mediada en el mercado. No obstante, hay que subrayar que el mercado de esta economía se reduce a la demanda interna para el caso de los muebles y a la del turismo internacional, para las artesanías. En este caso existe todavía el desafío de una integración más completa en el mercado mundial. Pero el principal problema de este universo es de otra naturaleza.

Como se ha planteado en el apartado anterior, en Sarchí tiende a predominar la competencia sobre la cooperación. Pero el verdadero problema no es tal oposición de principios de organización socioeconómica, sino el tipo de competencia que parece estar imponiéndose. Se trata, como se ha mencionado, de una competencia basada en la imitación, que hace que cuando se logra abrir un nicho en el mercado, el mismo tienda a saturarse rápidamente. En este sentido, el gran reto que afronta

esta economía comunitaria es lograr generalizar un tipo de competencia que se base en la innovación, que tendría una doble ventaja: por un lado, permitiría la especialización para que esta aglomeración se beneficiara de economías externas de este tipo,<sup>19</sup> y la segunda, que sería la más importante, es que permitiría la combinación de los principios de competencia con la cooperación. Éstos parecen, a primera vista, implicar lógicas contrapuestas, pero es necesario matizarlos. Así, se puede hablar de los dos tipos de competencia, la basada en la imitación y la sustentada en la innovación, como también distinguir dos modalidades de cooperación: la orientada a la subsistencia y la dirigida al crecimiento. Esta última es compatible con la competencia por innovación, y puede generarse así, en este tipo de contextos, un círculo virtuoso de desarrollo.<sup>20</sup>

Superar estos retos supondría que experiencias como las estudiadas pueden conformar una modalidad diferente de globalización de la que prevalece en la actualidad. En esta nueva modalidad cabría subrayar varios elementos que parecerían centrales y distintivos.

En primer lugar, se estaría ante procesos económicos cuya localización tendría lugar en los estratos inferiores del sistema urbano. Esto supondría romper con la lógica de primacía metropolitana que caracterizó al periodo de modernización previo imponiendo todas sus secuelas (migración no controlada, deterioro del medio ambiente, etc.). Así, la especialización de este tipo de experiencias permite pensar en una articulación más armónica entre lo rural y lo urbano.

Segundo, este tipo de experiencias se sustentan en la existencia de socioterritorialidad.<sup>21</sup> Como se ha mencionado en la introducción, se trata no sólo de proximidad física sino ante todo de proximidad social. Es decir, se está ante una comunidad con sus mecanismos reproductores, de los cuales la activación de capital social en sus diferentes formas constituye una parte esencial. Este tipo de contexto permite que el crecimiento económico sea más equitativo y que no se genere exclusión social.

<sup>19</sup> En relación con los distritos industriales existirían además otros dos tipos de economías externas: las de información y comunicación, resultado de bienes no normalizados que pueden minimizar los costos de transacción, y las laborales, como producto de la disponibilidad de una considerable oferta de mano de obra calificada (Zeitlin, 1993: 361).

<sup>20</sup> Esta combinación es uno de los rasgos centrales de los distritos industriales (Piore, 1992; Sengenberger y Pyke, 1993).

<sup>21</sup> Becattini (1992), sin duda el autor que mejor ha sabido adaptar el concepto marshalliano de distrito industrial a realidades contemporáneas, como la Tercera Italia, considera la socioterritorialidad como atributo definitorio y fundamental del distrito industrial.

Y, finalmente, hay que llamar la atención sobre el tema de las identidades. El predominio del mercado, que ha impuesto la estrategia de ajuste estructural, ha supuesto la disgregación de actores y la configuración de sujetos atomizados e individualizados. Por otro lado, en este tipo de situación se está ante comunidades que, si lograran superar la competencia perversa basada en la imitación, desarrollarían la cooperación en una dinámica de crecimiento. Es decir, en este contexto se vislumbra que la globalización no conlleva, ineludiblemente, la fragilización social, sino que, por el contrario, gracias a ella las identidades comunitarias pueden fortalecerse.

Recibido en abril de 1995  
Revisado en diciembre de 1995

Correspondencia: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Programa Costa Rica/Apartado Postal 5429/San José, Costa Rica/Fax 506 21 5671.

### Bibliografía

- Annis, S. (1987), *God and Production in a Guatemalan Town*, Austin, University of Texas Press.
- Becattini, G. (1992), "El distrito industrial marshalliano como concepto socio-económico", en F. Pyke, G. Becattini y W. Sengenberger (comps.), *Los distritos industriales y las pequeñas empresas. Distritos industriales y cooperación interempresarial en Italia*, I, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Bourdieu, P. (1979), *La distinction. Critique sociale du jugement*, París, Minuit.
- \_\_\_\_\_. (1980), *Le sens pratique*, París, Minuit.
- Cancian, F. (1989), *Economía y prestigio en una comunidad maya*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional Indigenista.
- Coleman, J. S. (1990), *Foundations of Social Theory*, Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press.
- Friedland, R. y A. F. Robertson (1990), "Beyond the Market Place", en R. Friedland y A. F. Robertson (eds.), *Beyond the Market Place. Rethinking Economy and Society*, Nueva York, Aldine de Gruyter.
- Granovetter, M. (1985), "Economic Action and Social Structure: The Problem of Embeddedness", *American Journal of Sociology*, vol. 91, núm. 3.
- \_\_\_\_\_. (1990), "The Old and the New Economic Sociology: A History and an Agenda", en R. Friedland y A. F. Robertson (eds.), *op. cit.*
- Martinelli, A. y N. J. Smelser (1990), "Economic Sociology: Historical Threads and Analytical Issues", en A. Martinelli y N. J. Smelser (eds.), *Economy*

- and Society: Overviews in Economic Sociology, Current Sociology*, vol. 38, núms. 2/3.
- Mingione, E. (1993), *Las sociedades fragmentadas. Una sociología de la vida económica más allá del paradigma del mercado*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Pérez Sáinz, J. P. (1994), *El dilema del nahual. Globalización, exclusión y trabajo en Centroamérica*, San José, Flacso.
- \_\_\_\_\_ (1995), "Globalización y neoinformalidad en América Latina", *Nueva Sociedad*, núm. 135.
- \_\_\_\_\_ y A. Cordero (1994), *Sarchí. Artesanía y capital social*, San José, Flacso.
- \_\_\_\_\_ y A. Leal (1992), "Pequeña empresa, capital social y etnicidad: el caso de San Pedro Sacatepéquez", *Debate*, núm. 17, Guatemala, Flacso.
- Piore, M. (1992), "Obra, trabajo y acción: experiencia de trabajo en un sistema de producción flexible", en F. Pyke, G. Becattini y W. Sengenberger (comps.), *op. cit.*
- Polanyi, K. (1992a), *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (1992b), "The Economy as Instituted Process", en M. Granovetter y R. Swedberg (eds.), *The Sociology of Economic Life*, Boulder, Westview Press.
- Portes, A. (1994), "Contentious Science: The Forms and Functions of Trespassing", ponencia presentada en el Annual Dean's Symposium, University of Chicago, mayo.
- \_\_\_\_\_ y J. Sensenbrenner (1993), "Embeddedness and Immigration: Notes on the Social Determinants of Economic Action", *American Journal of Sociology*, vol. 98, núm. 6.
- Sengenberger, W. y F. Pyke (1993), "Distritos industriales y regeneración económica local: cuestiones de investigación y política", en F. Pyke y W. Sengenberger (comps.), *Los distritos industriales y las pequeñas empresas*, III, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Smith, W. R. (1981), *El sistema de fiestas y el cambio económico*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Swedberg, R. y M. Granovetter (1992), "Introduction", en M. Granovetter y R. Swedberg (eds.), *The Sociology of Economic Life*, Boulder, Westview Press.
- Zeitlin, J. (1993), "Distritos industriales y regeneración económica local: visión general y comentarios" en F. Pyke y W. Sengenberger (comps.), *op. cit.*